

La cooperación en la disciplina arquitectónica: un ejemplo temprano de reconocimiento y experimentación por Graciela Silvestri*



La escasa inventiva en materia de políticas para la vivienda respondía, en gran parte, a la gradual pérdida de hegemonía de la acción estatal, que culminó en el virtual desmantelamiento de las redes estatales durante los años menemistas. Pero el problema era más complejo, ya que aún aquellos que desde la clásica vena progresista, se oponían a la política neoliberal, no podían menos que reconocer que, más allá de los logros parciales en el acceso a la vivienda de sectores de bajos ingresos derivados de algunos planes específicos, la modalidad desembocaba en la expulsión y realojamiento de las poblaciones en nuevos conjuntos, cuyo frecuente destino fue el de convertirse en islas de escasa calidad urbana.

Por cierto, el problema no era nuevo para los arquitectos, ya que, especialmente en los años anteriores a la asunción de la junta militar, habían experimentado tanto con formas de gestión participativa y de localización alternativa, como con tipologías y modelos que aspiraban a recrear las condiciones de variedad y calidad que se identificaban en el área urbana histórica. Pero los conjuntos quedaron asociados a la mecánica de autoritarismo y represión de la reciente dictadura, y una crítica de aire foucaultiano implicó directamente a las operaciones arquitectónicas con estas estrategias de dominio: los arquitectos habrían intentado imponer formas fijas e inermes sobre el bullente material de la vida. El mismo papel del arquitecto se había puesto en entredicho. Y así, el pensamiento público pasó rápidamente a imaginar nuevas políticas de radicación de villas y asentamientos; modelos de gestión antes que formas arquitectónicas.

Las buenas intenciones sociales de interpretar la villa como núcleo de una cultura diversa del habitar, que llevó a programas nacionales como el Arraigo (1991) dejaba en las sombras, sin embargo, cuestiones básicas como la disponibilidad de tierra urbanizada para los sectores carenciados; la variedad de formas de habitación y de aspiraciones dentro de las franjas cada vez más amplias de “pobreza”; y la articulación efectiva con la ciudad. Aún sin

proponérselo, las políticas de vivienda hacían *pendant* con la configuración de un Estado mínimo. Junto con el crecimiento de las organizaciones sociales vinculadas con las demandas de suelo y techo, y los programas de regularización dominial de los años 90, se descentralizó el FONAVI, se privatizó el Banco Hipotecario, base de tantas operatorias en el pasado, y se remataron las empresas de servicios públicos, por lo que, como afirman Liernur y Ballent, “se alejaron aún más las posibilidades de articular políticas en distintos niveles de vivienda, ciudad y territorio”.²

Los arquitectos retrocedían, temerosos de ser acusados de imponer su propia visión sobre la multiplicidad de lo real. Por otro lado, nuevos temas de discusión se habían instalado en la disciplina: primero, la historia, condensada en el libro de la ciudad, articulada con la reasunción de la vida barrial, de las tipologías tradicionales, de la calle y la manzana. Simultáneamente, el propio lenguaje arquitectónico -tema que había sido rechazado en las épocas de mayor efervescencia política, pero también en las facultades públicas durante la dictadura-. Ambos tópicos enlazados se articularon con las renovadas versiones del espacio público, que hacían hincapié en la representación (política y estética), y tomaba como modelo la ciudad histórica.

Sin embargo, ya a fines de los años 80, se notaban los límites de esta articulación toda vez que el programa arquitectónico debía enfrentar la esfera de las necesidades básicas. Puede observarse, así, un cierto estancamiento en las propuestas premiadas en la última tanda importante de concursos de vivienda, la que hemos citado más arriba. La mayoría reinterpretaba el techito a dos aguas; el lotecito entre medianeras con sus formas tradicionales de ocupación; la manzana, tratando de no desmarcarse del tejido urbano tradicional, sin siquiera advertir los nuevos problemas que implicaba el habitar: nuevas configuraciones de los grupos familiares; nuevos requerimientos técnicos, sanitarios, de movilidad, culturales; nuevas formas de vida urbana.

Es en este clima en el que pueden evaluarse las novedades del proyecto Deliot. Novedades que se

Un concurso de viviendas en 1997

En los años 90, la llamada “vivienda social” había dejado de ser un tema importante para los arquitectos argentinos. Casi no hubo concursos que abordaran el programa -lo que no se alteró después de la grave crisis de 2001-.¹ Tal situación contrastaba con el impacto central que el pensamiento sobre la vivienda había tenido en el desarrollo de la disciplina, en la Argentina, dos décadas atrás.

El desgaste no fue inmediato. Si revisamos el período inmediatamente posterior a 1983 -la histórica fecha inicial de la democracia en la Argentina-, hasta 1991, veremos que, por el contrario, los concursos dedicados a la vivienda social dominaban ampliamente, en número, sobre los dedicados a otros programas. Pero el factor cuantitativo es engañoso. La cantidad responde al intento de revitalización del viejo programa FONAVI en clave democrática y con mayor participación de la matrícula (es decir, la sustitución de la mecánica de proyecto y precio único, que favorecía a los grandes estudios y empresas constructoras, por una modesta reglamentación iniciada en 1982 y revitalizada en 1987 en la que el anteproyecto de arquitectura era premiado en el inicio del proceso). Aún así, el porcentaje de lo concursado era escaso con respecto a la construcción pública de viviendas en la Argentina, y ningún premio llegó a sustanciarse.

inician con el mismo llamado a concurso para 400 viviendas, organizado por el colegio de la provincia de Santa Fe e impulsado el municipio de Rosario.

Las circunstancias rosarinas

Rosario se distinguió entre las grandes ciudades argentinas por el éxito de sus políticas urbanas. Sucesivos gobiernos progresistas, que otorgaron estabilidad a cualificados estratos técnicos, decidieron no apostar a la dimensión especulativa y espectacular que caracterizó a Buenos Aires después de 1991. La cualidad arquitectónica, estructurante del paisaje urbano en términos culturales, y la voluntad social se modularon de manera original. No extraña, entonces, que el tema de la vivienda digna para sectores carenciados se replanteara precisamente en Rosario, mientras Buenos Aires estaba entregada a la dimensión especulativa de los grandes proyectos urbanos. Recordemos que en 1997, el mismo año en que se abre el concurso que nos ocupa, comienza la descentralización administrativa del municipio rosarino, acompañada por una serie de proyectos de arquitectura que se proponen revitalizar las zonas más desestructuradas, entre ellas, el distrito oeste.

En estas circunstancias, el concurso no fue sólo una convocatoria más. Los organizadores eran conscientes de que se volvía a proponer una reflexión abandonada, en un momento importante para el destino del municipio socialista. Por eso, no llama la atención el prestigio de algunos nombres convocados. Entre los asesores se encontraba Mario Corea Aiello, que había emigrado dos décadas antes, por motivos políticos, a Barcelona, pero que había mantenido fuertes relaciones con su ciudad natal (muchos jóvenes arquitectos que hoy reconocemos como parte de la “escuela” rosarina se formaron en su estudio español). El jurado también estaba jerarquizado con la presencia de Álvaro Siza, indicando con este referente una ya visible inclinación rosarina por el cruce entre sensibilidad y contención; actualidad de planteos modernistas y exploración de las valencias abiertas por las generaciones pasadas. Es en este marco en el que cobra significado el primer premio del

concurso, obtenido por el proyecto de Daniel Silberfaden y Pablo Rozenwasser.

Rozenwasser y Silberfaden en Palermo

El estudio RZRSBN era de Buenos Aires, pero nada ajeno a las nuevas inflexiones de lo que podemos pensar como “escuela rosarina”. Y aquí me permito, porque vienen al caso, algunos recuerdos. Fui compañera de Daniel y Pablo (y los llamo por sus nombres de pila, porque quiero sugerir algo de cada persona) en la novel Facultad de Arquitectura de la Universidad de Palermo, precisamente a fines de los 90, en la época en que Daniel era decano y Pablo profesor titular de Diseño Arquitectónico. Daniel había sido el factótum de la Facultad, imprimiéndole en aquellos años un clima de debate y renovación. Junto a las arduas tareas de organización académica, Daniel inició la publicación de *Arquis*, la revista del Centro de Investigaciones de la facultad, que constituyó un referente en aquellos años.³ Los números eran temáticos, y si bien algunos descansaban en la presentación de figuras reconocidas u obras de gran magnitud, otros se abrían a las nuevas sugerencias. Entre ellos, se presentó el trabajo de Mario Corea Aiello, poco conocido a nivel nacional, que había desarrollado en España su inicial vocación sistémica y social en programas como hospitales y escuelas, y también obras de la arquitectura emergente rosarina, pequeñas intervenciones cuya sofisticación pasaba inadvertida por quienes se fascinaban por los efectos glamorosos. Recuerdo que aquel número causó un fuerte debate dentro de la Facultad, pero ayudó a instalar la experiencia de Rosario en el mundo de la cultura arquitectónica.

Es interesante (y retomaré más tarde la cuestión) la manera en la que el proyecto Deliot articula esta doble inspiración: la del número articulado en sistema, representada por Corea Aiello; la de la emoción modelada en pequeños acentos. La crítica de arquitectura, y en particular la crítica que trata con temas como la vivienda, cuyas posibilidades de libertad autoral son, en apariencia, mínimas, suele ignorar las inflexiones

de las biografías personales para explicar tal o cuál hallazgo, salvo que se trate de Le Corbusier. Quisiera aquí, en cambio, indicar algunos rasgos de la sensibilidad de estas dos personas reunidas circunstancialmente en un equipo.

Daniel y Pablo eran entonces -son ahora- absolutamente diferentes. Daniel se formó en la UBA, e hizo sus primeros pasos en la arquitectura profesional y los concursos con Tony Díaz, el serio hijo de inmigrantes que formó a generaciones de arquitectos en el trabajo de reconocimiento de la memoria urbana. Su inclinación por las severas arquitecturas castellanas. Daniel siempre fue consciente, también, de su responsabilidad institucional, de su lugar como organizador y difusor de la cultura arquitectónica. Además de las actividades mencionadas, trazó firmes lazos desde la facultad con otras instituciones latinoamericanas de arquitectura. Pocos años más tarde, insuflará nueva vida a la Sociedad Central de Arquitectos, abriendo las puertas, como presidente de la institución, a las más diversas posiciones.

Pablo venía de la Universidad de Belgrano, en donde en las épocas de dictadura se habían refugiado muchos profesores que no podían enseñar en la universidad pública. Lo recuerdo como el personaje que corporizaba al creador individual, al apostador sin redes, al niño (nunca me reí tanto como en aquellos años..., las fiestas con Pablo sí que eran fiestas). “Enseño arquitectura por todo lo que no sé” -escribió Pablo en un artículo reciente-. “La confusión es importante para generar más preguntas.” Imprevisible, irónico, su modalidad parece casi la contratara del afán organizador y comprometido que caracterizaba a su socio de entonces.

Dos sensibilidades, un acuerdo: este cruce entre tranquila racionalidad y juego, compromiso social y acento estético, debía condensarse en una sola propuesta para las 400 viviendas en Deliot.

El proyecto

Qué es lo que el jurado encontró en este proyecto para afirmar, “el equipo ganador no sólo responde a las bases sino que además las supera (...) la

propuesta genera una verdadera innovación". Se señala, en primer lugar, la inusual forma de ocupación territorial, que favorece una dinámica urbana compleja, tanto en el uso como en la percepción. En efecto, la voluntad de crear un sistema sensible a las particularidades figura en la memoria descriptiva. Pero más importante es, para el jurado, la configuración de un módulo de 40 viviendas para estructurar el barrio en microconjuntos. En la propuesta leen la reflexión sobre los cambios programáticos de "la casa", que articula un orden flexible con modalidades abiertas de financiamiento, técnicas constructivas y organización espacial.

En la propuesta se lee la reflexión sobre los cambios programáticos de 'la casa', que articula un orden flexible con modalidades abiertas de financiamiento, técnicas constructivas y organización espacial.

Resulta interesante observar el anteproyecto antes de leer la memoria descriptiva o el juicio del jurado. El que reciba este libro sin estar familiarizado con el mundo de la arquitectura verá en la portada una elegante composición que bien podría recordar algunas investigaciones sobre la linealidad y el equilibrio compensado que marcaron las tendencias más radicales de las vanguardias plásticas, en épocas en que aun se imaginaba un arte total. Seguramente recibirá también el pequeño video que, sobre la trama predeterminada, indica infinitas posibilidades y combinaciones tipológicas, volumétricas, que dan consistencia material a la trama. Presentado como un juego de construcción de aquellos que poblaron nuestra infancia, nos

introduce a otra esfera del proyecto, que no está subrayada explícitamente ni en la memoria de los participantes ni por el jurado: la libertad de un juego colectivo. Tanto la sutileza lingüística del planteo como la presentación que alude al pasatiempo infantil introducen una tensión generalmente ausente en los programas sociales, cuya alta determinación político-económica parece rechazar la reflexión estética. Afortunadamente, los autores de Deliot no creen en tales fronteras.

Para quienes conocen la tradición arquitectónica local, las referencias son aún más complejas. A fines de siglo XX, los arquitectos argentinos volvían a focalizar

su atención crítica sobre las técnicas proyectuales que, aún debilitadas, continuaban siendo las mismas que las de 30 años antes; estas, a su vez, reposando en la vieja tradición académica francesa: la técnica del partido. El partido arquitectónico, tal como lo comprendieron sucesivas generaciones de arquitectos, consistía en una idea desvinculada de la carnadura material; una mano de autor (lo más cercana posible al dios de nuestra arquitectura, Le Corbusier); un gesto con lápiz grueso que, sintéticamente, expresaba la idea y fijaba el futuro. Con todo el interés que esta tradición todavía posee -su facilidad de comprensión y difusión didáctica, entre otros factores-, es evidente que no se adecua bien a programas sociales, complejos, en los que múltiples voces deben manifestarse.

No era la primera vez que el "partido" había sido refutado. A fines de los años 60, la llamada "arquitectura de sistemas" planteó nuevas metodologías de proyecto, relacionadas con dos problemáticas retomadas recientemente: la flexibilidad de la propuesta y su posibilidad de crecimiento. Estas tendencias se vinculaban con las teorías de sistemas en el campo científico; con las nacientes posibilidades de la computación (aunque se estaba entonces lejos de imaginar el impacto mayúsculo del ordenador personal e Internet), con los procesos de construcción industrial por partes. Su éxito se reveló en temas como hospitales y escuelas, pero también se avanzó en el mismo sentido en los manuales de autoconstrucción de vivienda popular.

A pesar de las valencias abiertas por estos planteos, rápidamente quedó claro que la metodología se basaba en una confianza ingenua en una indefinida idea de progreso técnico, cuya coincidencia con el bien común no era puesta en duda. Por otro lado, la abstracción absoluta que se verificaba aun en las mejores propuestas (que podían repetirse en cualquier lugar, en cualquier entorno cultural), atentaba de la misma manera que los productos monumentales del partí contra la reconfiguración del tejido urbano, la intervención de quienes lo habitaban, los elementos más sutiles que otorgan vivacidad al espacio concreto (inflexiones de la luz, rugosidad de un material, escala o detalle constructivo).⁴

La idea de sistema reconocía embrionariamente, sin embargo, que era en la organización y no en la forma acabada donde el diseño arquitectónico debía centrarse, si pretendía abrirse a las circunstancias. Una versión de la propuesta de Silberfaden y Rozenwasser puede reconocer cierta filiación es esta línea de la cual no se hablaba en 1997: la abstracción, que ellos querían, explícitamente, evitar (se trataba de un "proyecto sensible a las particularidades, más allá de los sistemas").⁵ Recordemos que otros trabajos de reconocimiento internacional, como "Elemental", en Chile, también recorrieron críticamente la opción sistémica por

esos años (aunque es importante subrayar que el emprendimiento de Aravena es posterior a Deliot). El sistema no es rechazado, sino reinterpretado, introduciendo dos claves que en los años 70 estaban ausentes: la lectura de la ciudad concreta y la apertura de la definición sensible del material en clave cooperativa.

Revisemos el tema de la ciudad. Desde fines de los años 70 la idea de partido fue refutada desde posturas antitéticas a la “sistémica”. Las nuevas propuestas hicieron eje en la crítica a la obra vanguardista, ex novo, que rechazaba el tiempo pasado que había construido, literalmente, la ciudad. Como plantea Mario Gandelonas, se pasó del ideal de transformación drástica de la ciudad al ideal de la lectura novedosa del territorio real. Las referencias podían ser Las Vegas o Turín. Las ciudades litorales argentinas se inclinaron por el neorealismo rossiano, más cercano a la sensibilidad europea. De Aldo Rossi, que amaba las calles de Buenos Aires, partían dos líneas: la que insistía en la permanencia de ciertos motivos, como la casa, a través de siglos y siglos; la que alcanzaba con estos materiales una lírica personal, como aparece en su autobiografía científica. Mucho de esto permanece en Deliot, aún cuando en 1997 los temas acercados por la arquitectura de la ciudad ya habían cumplido su ciclo productivo. La lectura de la ciudad real -la lectura de las formas de vida, materializadas, por así decirlo, en ladrillos y cemento— es asumida en los lineamientos generales de este anteproyecto, sin que esto signifique pegarse a una figuración historicista. Los autores parecen decir: “no olvidemos los aspectos probados de la lección rossiana”. Una comunidad no puede vivir sin memoria, y la memoria no es una colección de monumentos, sino el reconocimiento y disfrute del espacio cotidiano.

Finalmente, en los años del llamado a concurso, la tradicional práctica del partido fue refutada desde una perspectiva radicalmente distinta: la emotiva y sensible relación con las cualidades concretas de los materiales con los que cada lugar estaba constituido; materiales que se ampliaron desde

los propiamente físicos hasta los autobiográficos. A esto nos referimos cuando hablamos antes de la definición sensible del proyecto. Pero, lejos de avanzar en detalles, los autores dan un paso al costado. La esfera del gusto, de los recuerdos, de las inclinaciones electivas, debe ser imaginada, en las cuestiones de habitación, por un colectivo de voces. El anteproyecto encauza esta posibilidad.

Sin embargo, los autores no dejan de afirmar sus propias elecciones, que están lejos, también, de la ingenuidad con que en los años 70 se proclamaba la extinción del saber arquitectónico en manos de una espontánea participación, que en los 90, destruida la esperanza revolucionaria, se parece más a una encuesta de periódico dominical. El elemento que, a mi juicio, condensa la multitud de referencias y problemáticas que ya se han desplegado a fines de los 90 -pero que pocos advierten— es el muro.

El “muro” del proyecto Deliot discute con el puro afán de novedad del partido; con la abstracción computarizada y global de la arquitectura sistémica; con la particularidad absoluta del detalle; con la cerrazón de la arquitectura en el lenguaje. Precisamente, el encuentro entre dos sensibilidades tan diversas como las de Daniel y Pablo pudo encontrar un camino que, a la vez que articulaba un sistema organizativo, lo modulaba con la melodía del tiempo; el pasado, el presente, el porvenir. Me imagino a Pablo, el jugador, el humorista, el irónico iconoclasta, diciendo “lo viejo parece muy viejo cuando aparece lo nuevo”; a Daniel, sólido organizador de instituciones, comprometido con la igualdad social, respondiendo “no vamos a tirar el niño con el agua sucia”. El muro de Deliot sintetiza felizmente una vieja contradicción, sin clausurarla: la libertad estética y la necesidad de promover un mundo de iguales.

La grilla a la que aludimos se materializa con muros, no con líneas: “Muros portantes de bloques que limitan espacios de 12 x 12 m, donde se genera el cómo y el por qué de este trabajo: el muro autónomo que crea la trama, la intimidad, generador de espacios potencialmente

suficientes.” Aquí aparece la pregunta que todo arquitecto moderno con aspiraciones experimentales se ha hecho: ¿qué es un muro? En este proyecto, el muro no es interpretado con la fuerza pétreo de la continuidad, horadado por aberturas, sino que se posiciona claramente dentro de la tradición tectónica moderna, en donde no existen puertas y ventanas, sino ensamble de planos productores de tejido, discontinuidades de llenos y vacíos. No es secundario recordar que tal tradición se enriqueció hace casi dos siglos con el redescubrimiento de la arquitectura popular centroamericana, con los paralelos teóricos entre el tejido del cerramiento y la “sólida” arquitectura pétreo, con la más tardía introducción de la refinada experiencia japonesa. Es decir, con la constatación de un mundo cultural mucho más variado que el de los castillos europeos. El juego experimental continúa. El muro que estructura Deliot puede considerarse también como una reinterpretación del inevitable muro medianero que define la propiedad en el territorio argentino, que coloca límites a la fluencia incierta del espacio. El límite es frecuentemente entendido como negativo de la libertad. Pero pensemos que cualquier juego plantea sus propios límites. El límite de la propiedad, como ha demostrado Hannah Arendt, no trata originariamente de la economía capitalista o esclava. Es que no podemos vivir sólo bajo la luz fluorescente de lo público. La intimidad, la mínima posesión de un espacio, es fundamental para la persona humana. Por otro lado, los autores, sin duda, conocían uno de los problemas centrales de los grandes conjuntos, factores importantes de su fracaso. La indefinición de las fronteras entre lo público y lo privado llevó a esos vacíos de los que nadie se ocupa.

Finalmente, ¿qué significa muro o cerramiento en la Argentina, donde se trabaja aún, inevitablemente, con mampuestos? ¿De qué manera esta forma tradicional entra en diálogo con la producción, con los avances tecnológicos, pero también con las posibilidades concretas de operar sin mayores recursos sobre nuestra realidad?

Así como el tratamiento del muro abre preguntas hacia el tiempo por venir, también sucesivas capas de significación van desgranándose ante el observador atento cuando abordamos el master plan. El proyecto Deliot es cuidadoso en las sucesivas escalas de lo abierto (patio propio, patio comunitario, plaza, parque, barrio, ciudad). Todavía hoy es significativo, en la Argentina, el debate sobre lo público, y los autores lo enfrentan. Pero no se inclinan al *embellishment* urbano, característico de esos años, sino que lo piensan desde la organización de los once "microconjuntos" a través de un sistema circulatorio avanzado (el control del auto privado y la importancia de la bicicleta es de señalar: estamos todavía en 1997); a través de la modulación de la escala de plazas y parques, pero también definiendo la caracterización del espacio público a través de programas significativos, como la escuela. En el fragmento barrial presentado, la escuela pública es el monumento moderno, el anclaje que da sentido al conjunto. Volvemos a Rosario y a su larga trayectoria socialista, única en Argentina. ¿Qué otra pieza podría resumir mejor la vocación del progresismo rosarino que la escuela pública y gratuita, férrea roca de nuestras nostalgias?

La importancia del edificio de la escuela en el conjunto modélico nos recuerda las múltiples dimensiones en las que el trabajo arquitectónico se desarrolla, específico e inespecífico. Apenas se sugiere tipológicamente su forma edilicia -un pabellón moderno sobre pilotes-, pero queda clara la importancia organizativa del elemento. La escuela le da sentido a la trama de habitación, que de otra forma, aun con las innovaciones arquitectónicas, correría la misma suerte que los tristes conjuntos en medio de la nada, que pueblan hoy los suburbios de las ciudades argentinas.

Podríamos, en fin, continuar nuestra descripción imaginando los desarrollos posibles de este sistema, un "sistema" alejado de las grillas abstractas y cerradas, ya que no impone un orden, sino que el orden proviene de la modulación de los hechos urbanos concretos, y así se abre a la variedad de voces y registros que implica pensar la vivienda.

Se abre, también, al porvenir, sin fijarlo como futuro predeterminado, pero tampoco evadiendo la responsabilidad de fijar ciertas coordenadas, ciertos ejes, ciertos elementos, que son los que conectan, en el espacio cotidiano de la ciudad, las generaciones pasadas con las futuras. Es por esto que hoy podemos retomar el proyecto Deliot y, sin desmedro de situarlo en el contexto histórico en que fue planteado, utilizarlo para avivar el debate sobre la vivienda social y su relación con la ciudad.

Coda

Por cierto, no es esta publicación el único ni el primer emprendimiento en el mundo de los estudios arquitectónicos y urbanos que vuelve a la carga con el tema de la vivienda.⁶ Tal revivificación del debate está en relación, sin duda, con cambios en las políticas públicas a partir de 2003, cuando la construcción de vivienda para los sectores de menores recursos, intensificada no sólo por su función social sino también por constituir una fuente de trabajo expansiva, fue paulatinamente acompañada por nuevos planes federales y de promoción de las organizaciones dedicadas al acuciante problema de la habitación digna. Sin embargo, esta circunstancia no movilizó con la misma intensidad los estratos técnicos y la cultura arquitectónica, como tampoco alcanzó a subvertir las típicas modalidades de producción masiva de viviendas, que aún hoy apenas se molestan por la provisión de infraestructuras; su articulación con el tejido urbano; o el carácter variado que reclaman las nuevas tipologías de convivencia y de trabajo. No está de más recordar que la informalidad crece en aquellas ciudades que, como Rosario o Buenos Aires, son todavía focos de atracción para la población inmigrante, por lo que cualquier propuesta que se adopte debe incluir la variable temporal, aceptando, y anidando, las transformaciones constantes, las distintas culturas de habitación, el desafío que el gran número y las restricciones económicas colocan a la voluntad de cualidad y variedad. Y esta es la problemática que aparece como promesa en el proyecto Deliot, que se permite, al mismo tiempo, jugar con el arte

arquitectónico y revisar con medida y respeto los límites sociales, legales, políticos y económicos que definen la problemática de la vivienda.

¿Es necesario repetir que los autores van por todo, en una fecha tan ambigua como 1997? No se detienen en la resolución de la necesidad, sea esta interpretada como los mínimos requerimientos para la vida o como las básicas condiciones de producción: la vida humana es algo más que esto. Es también percepción sensible, recuerdo infantil, juego y libertad. Es también el tranquilo orden, nacido de la atenta descripción de lo real, pero nuevo con respecto a ello, que permite y promueve la variedad, la multiplicidad de opciones que van desde lo individual a lo comunitario. Volvemos a Rosario: la palabra que tal vez deberíamos utilizar, la que encarna en el proyecto una apertura, es cooperación.

Notas

1. Se abrieron sólo cuatro concursos de vivienda desde 1991 a 2006, mientras que alrededor de 50 fueron dedicados a edificios y conjuntos edilicios, y una cantidad similar dedicados a parques, memoriales y reordenamientos urbanos.
2. Ballent, Anahi y Liernur, Jorge F. "El problema de la vivienda en Argentina. Cultura, política y prácticas de la habitación urbana, 1870-2010". (mimeo).
3. En su primera época: 1993/1999, 13 números.
4. Para mayores desarrollos del tema, cf Aliata, Fernando, "Sistemas (arquitectura de)", en Aliata/Liernur, "Diccionario de Arquitectura en Argentina", Clarín/Arquitectura, Buenos Aires, 2004.
5. SR memoria.
6. Debemos recordar los trabajos de investigación y difusión de Jorge Sarquis en la UBA, que tempranamente señaló los cambios en el habitar que se estaban produciendo en las ciudades, como también las investigaciones nunca interrumpidas, y siempre inteligentes y sutiles, de Jorge F. Liernur y de A. Ballent. El tema de la vivienda social no dejó de ser objeto de los talleres de arquitectura (la Universidad de La Plata siguió la tradición). Sin embargo, estos episodios aislados no refutan el cambio de punto de vista de la disciplina durante las dos últimas décadas.

*Graciela Silvestri: Arquitecta por la FADU-UBA. Doctora en Historia por la FFYL-UBA. Investigadora CONICET / IDEHAB por la UNLP. Autora entre otros, de los libros "El umbral de la metrópolis" (con J. F. Liernur); "El paisaje como cifra de armonía" (con F. Aliata); "El color del río, historia cultural del paisaje del Riachuelo" y "Ars Pública", coeditado por la Sociedad Central de Arquitectos y Nobuko.